



EX ALUMNOS DISTINGUIDOS DE LA UNIVERSIDAD

Bonifacio García Porras

NEGOCIADOR DE LA UE EN TEMAS DE CONTRATACIÓN PÚBLICA INTERNACIONAL

“Lo que más me gusta es que la Universidad esté entrelazada con la ciudad”

El campus de Salamanca “afortunadamente no está aislado en un terreno en el que solo se mueven los alumnos, sino que forma parte del día a día de la ciudad”. García Porras cree que es algo que la distingue y “nunca debería perder esa seña de identidad”. Echó en falta que en su época no hubiera un abanico de asignaturas optativas

BERTA BAZ | MADRID

INSTALADO en Bruselas desde 1993, Bonifacio García Porras (Salamanca, 1970), licenciado en Derecho, actualmente es negociador de la UE en asuntos de contratación pública internacional ante la Organización Mundial del Comercio con sede en Ginebra. Con anterioridad ha ocupado el cargo de jefe de la unidad de innovación para el crecimiento en la Comisión Europea y de la unidad de comunicación, ambas en el departamento de Industria y Empresa de la Comisión Europea. Asimismo ha ejercido durante siete años como abogado en asuntos europeos y como miembro del gabinete de la vicepresidenta europea Loyola de Palacio y del comisario europeo letón Andris Piebalgs.

—¿Cuál fue su primera impresión de la Universidad de Salamanca?

—Diría que fue un poco caótica, porque había mucha gente tanto en clase como en los pasillos. Entré en la Universidad en el año 1987, pertenezco a la generación del ‘baby boom’, y fuimos muchos los que nos decantamos por cursar la carrera de Derecho. Entonces no cabíamos en las aulas de la facultad, y estuvimos en el edificio de Exactas, cercano al río Tormes. Recuerdo las clases llenas y alumnos sentados en el suelo, en los laterales de las aulas. Afortunadamente todo eso ha cambiado mucho.

—¿En algún momento se arrepintió de su elección? ¿Cómo afrontó el problema de la masificación?

—Nunca tuve ninguna duda en es-

coger la Universidad de Salamanca para hacer la carrera. Nací en la ciudad y, aunque pasé durante mi infancia unos años en Extremadura por cuestiones de trabajo

“El mercado español es mediano, ofrece oportunidades a las pymes, y estas no se plantean capturar nuevos horizontes”

de mi padre, tenía claro cuál era mi universidad. Derecho siempre ha disfrutado, y disfruta, de mucho prestigio. Además lo tenía fácil porque mi casa estaba a cinco minutos de la facultad. Tengo amigos que entonces se marcharon a Madrid para cursar conjuntamente Derecho y Económicas, pero yo realicé toda mi formación en Salamanca. El problema de la masificación nos obligó a esforzarnos en conocernos más. Había bastante diálogo entre los compañeros.

—¿Cómo recuerda los cinco años de carrera?

—Viéndolo desde la distancia, con la perspectiva que dan los años, diría que lo que más me gustó fue la ‘cercanía’ de la Universidad, tan entrelazada con la ciudad. He tenido la ocasión de viajar mucho, he estado en otros campus universitarios y, por lo

general, no se encuentran en el corazón de las ciudades. Es un privilegio el haber podido estudiar, en mi caso, en el casco histórico. Salir de clase y encontrarte en las inmediaciones de la Catedral y de la Plaza Mayor es todo un lujo. Ahora la Facultad de Derecho se encuentra en el campus Unamuno, algo más apartada, pero sigue estando dentro de la ciudad. Yo salía a dar una vuelta y me encontraba siempre con algún compañero. Esa dimensión humana no se da en otras partes. Afortunadamente el campus de Salamanca no es una especie de gueto, no está aislado en un terreno en el que solo se mueven los estudiantes, sino que forma parte del día a día de la ciudad. Eso es algo que distingue a Salamanca, y que nunca debería perder esa seña de identidad. Hace unos años que se puso de moda edificar campus alejados de las ciudades, está claro que cada modelo tiene sus aspectos positivos y negativos, pero yo prefiero el planteamiento de Salamanca. Desde mi punto de vista la Universidad nunca debe perder el contacto con la sociedad.

—¿Satisfecho con el plan de estudios que le tocó?

—Nosotros teníamos cinco años de carrera, y se cursaban todas las asignaturas. La que más me gustó fue Economía y Hacienda, y la que menos Derecho Procesal. Entonces no había posibilidad de elegir en ningún curso entre posibles optativas. La ventaja es que se veía todo, y se recibían conocimientos de todas las materias, pero no facilitaba el poder, en cierta manera, especializarse o decantarse por aquella área que era más del interés de cada alumno. Pude disfrutar de un año de Erasmus en la Universidad de Lovaina, que es muy del estilo de la de Salamanca, igualmente enclavada en la ciudad, y allí sí que tuve optativas. Por ejemplo, al encontrarse cercana al puerto de Ambe-

res había Derecho Marítimo y, por supuesto, otras vinculadas al Derecho Comunitario.

—¿Qué optativas le hubiera gustado cursar?

—Siendo de Salamanca, me hubiera gustado que, por ejemplo, hubiera habido alguna optativa relacionada con el mundo agrícola y ganadero. Entonces, en relación al ámbito europeo, la catedrática Araceli Mangas puso en marcha la cátedra Jean Monnet, una gran iniciativa, que suponía una excelente formación complementaria, pero no contaba para el currículum académico. En mis ganas por aprender, además de Derecho, también realicé asignaturas complementarias en la Escuela de Empresariales.

—¿Su estancia en Lovaina le despertó el interés por trabajar en las instituciones comunitarias?

—Fue uno de los elementos que me permitió ver el interés que yo podía tener por el Derecho europeo e internacional, y me abrió el ‘apetito’ por toda esa atractiva materia. De hecho, uno de mis profesores en Lovaina es ahora juez en el Tribunal de Justicia en Luxemburgo. Yo accedí a la Universidad justo después de la entrada de España en la Comunidad Económica Europea. En esos momentos era un tema bastante de moda y despertaba mucho interés. Después de acabar la carrera en Salamanca logré una beca en el Ministerio de Asuntos Exteriores para ampliar mi formación en el Colegio de Europa en Brujas, y ya me quedé en Bruselas.

—¿Echó en falta durante la carrera mayor peso de los idiomas?

—Durante el Bachillerato estudié inglés, y cuando accedí a la Universidad sí que es cierto que no había ningún contacto con la enseñanza de idiomas. No había una continuidad. Tampoco exis-



Ficha

Carrera y promoción: Derecho, 1992.

Un profesor: Mariano Alonso, de Derecho Civil.

Una comida: Un plato de huevos con farinato.

Un rincón de Salamanca: El huerto de Calixto y Melibea.

Una canción de aquellos tiempos: ‘Fonseca’ de la tuna.



EX ALUMNOS DISTINGUIDOS DE LA UNIVERSIDAD

tía una necesidad de estudiarlo porque no había relación con docentes u otros estudiantes que únicamente hablaran inglés. En ese sentido si que eché en falta más participación de otros idiomas en congresos o intercambio de profesores. Sólo se continuaba estudiando únicamente por cuenta propia del estudiante. En mi caso, durante los dos primeros años de carrera, el tema de los idiomas lo tuve un poco dormido, pero luego sí que lo recuperé y tuve que enfrentarme en tercero, en Lovaina, a la necesidad de aprender bien inglés y francés.

—¿Alumno 'activo' en las aulas?

—Sí, por ejemplo fui delegado de curso, para lo que es importante tener algo de mano izquierda a la hora de resolver posibles conflictos que pudieran darse con el profesorado, y miembro del claustro universitario los dos últimos años de la carrera. Participé en las elecciones que se celebraron para ser representante de los estudiantes. Entonces comenzaba a tener un mayor peso la figura de los alumnos en los órganos de representación; y fue el periodo en el que se constituyó el vicerrectorado de estudiantes. Fue una época de muchos cambios a nivel nacional y europeo. Como ya he comentado coincidió con la entrada de España en la CEE, lo que significó una apertura a nuevas ideas. Todo aquello que conseguimos entonces los estudiantes, los alumnos de ahora lo tienen como derechos adquiridos.

—¿Una de sus reivindicaciones?

—Durante mi estancia en la Facultad de Derecho de Lovaina disfruté del acceso informático al catálogo de libros, y vi como estaba todo bien documentado, por lo que una de mis prioridades fue el que la Universidad de Salamanca pusiera en marcha la digitalización de sus fondos. Fue uno de los temas que más me interesó, ya que sin duda la institución cuenta con bibliotecas muy ricas, llenas de excelentes fondos bibliográficos. De hecho, muchos estudiantes desde siempre se han acercado a Salamanca para realizar tesis doctorales y otros trabajos de investigación.

—¿Qué aprendió además de la materia de la carrera?

—A parte del conocimiento de cada asignatura, al pertenecer a las asociaciones de representación de estudiantes, aprendí a perder el miedo a hablar en público y la importancia de tener contactos. Es relevante construir coaliciones con otros colegas para conseguir determinados objetivos a nivel universitario, siempre pensando en la mejora de las condiciones de los alumnos. Para mí fue muy enriquecedor, y me siento muy satisfecho de haber puesto mi granito de arena para hacer algo a favor de lo público, de los demás.

—Desde su experiencia, ¿qué posicionamiento tiene la empre-

sa española fuera del país?

—Poco a poco va teniendo mucha más relevancia. Hay un grupo de grandes empresas, con una importante dimensión internacional, que están muy bien asentadas sobre todo en el mercado latinoamericano, pero se encuentran con más dificultades para acceder por ejemplo al mercado asiático. Por su parte, la pequeña y mediana empresa española no suele salir de sus fronteras. El mercado español es mediano, ni pequeño ni grande, ofrece oportunidades a las pymes, y estas no se plantean por lo general ir a la captura de nuevos mercados. Conozco el caso de alguna empresa salmantina de jamones que está en el mercado internacional, no es lo común, pero sería el modelo a seguir.

—Durante tres años usted ha trabajado con políticas de innovación. ¿Qué consejos daría a las pymes?

—Existen redes de apoyo a nivel nacional y regional, que están para ayudar en esta deseada internacionalización, algo absolutamente necesario. Aunque a una empresa le vayan bien las cosas en su zona de influencia, es muy conveniente explorar nuevos mercados e invertir un tiempo y cierto dinero en examinar otras posibilidades, descubriendo así si sus productos gustan o no gustan fuera de su zona de confort. De alguna manera esa empresa tiene que probar si sigue siendo competitiva. Siempre se pueden conseguir ideas que puedan ayudar a mejorar una mercancía o un servicio. En una ocasión un empresario de una pyme me comentó que "es imposible seguir vendiendo durante 40 años el mismo producto". Es cierto que continuamente hay que estar innovando. Este mensaje es válido tanto para pymes como para instituciones centenarias como es el caso de la Universidad de Salamanca.

—¿Cómo lo puede aplicar el Estudio salmantino?

—Es muy importante tejer una buena red de relaciones internacionales. La Universidad está muy enfocada en conseguir alumnos en América Latina, y debería realizar el mismo esfuerzo en el mundo anglosajón y en el entorno europeo, estableciendo vínculos con otras universidades, aunque hay que dejar claro que la Universidad a nivel europeo tiene muy buen nombre. Desde Bruselas hemos apoyado siempre a la Universidad para respaldar y dar visibilidad a su labor, y más con motivo de la celebración de su octavo centenario. La relación de la Universidad de Salamanca con las instituciones europeas es muy estrecha. Precisamente el año pasado el rector Ricardo Rivero hizo entrega de la Medalla de la Universidad al presidente del Parlamento Europeo, Antonio Tajani, y en el 2017 el presidente de la Comisión Europea, Jean Claude Juncker; fue investido doctor honoris causa en un acto celebrado en el Paraninfo.



Arriba, con un grupo de amigos de la facultad, en las inmediaciones del Helmántico. Arriba a la derecha en los 25 años de su promoción y, abajo a la derecha, junto a Ángel Hernández, en un acto de Alumni.



—Miembro del capítulo de Alumni en Bruselas. ¿Satisfecho con poder formar parte de esta agrupación de antiguos alumnos?

—En Bélgica hay un importante grupo de antiguos alumnos, salmantinos y no salmantinos, la mayoría muy vinculados con la comisión y el parlamento europeo, y hace un par de años nos constituimos en un capítulo de la asociación Alumni para apoyar, como señalaba, a la institución en la que estudiamos. Nos reunimos con cierta frecuencia.

—¿Agradecería tener un vuelo

“Aunque a una empresa le vaya bien, debe invertir un tiempo y cierto dinero en examinar otras posibilidades”

directo entre Salamanca y Bruselas?

—El viaje más corto que he hecho de Salamanca a Bruselas fueron cuatro horas en avión, haciendo escala en Barcelona. Antes existía el vuelo de Valladolid a Bruselas, pero se canceló. El trayecto aéreo desde Salamanca dinamizaría muy bien el turismo de la región, pero no creo que estuviera justificado por la gente que estamos trabajando aquí sino por tema de turismo. Tengo familia en Salamanca, allí está mi madre, algunas tías y primos, y añoro poder pasar allí temporadas. Intento ir a visitarles con asiduidad.